

X DE "TEMPESTAD SECRETA"

Implacable Esposa, ceñida llegas de trofeos.
Con el pulso de la fiebre atraviesas cal y canto;
Anhelante como el fondo de los mares
Te acuestas en mi noche, en la humedad de mis entrañas.

A crecientes de Diciembre se desata el viento cargado
de un ave de los polos.
Tan duro de reflejos, el peso corpulento de la luna.
Tu voz perenne en el pecho de las flores,
No la acarician ya las altas brisas de rocío
Sino el flujo pertinaz de aquellas hondas de belladona y
de espesura.

ÁREA HISTÓRICA
EL MUSEO NACIONAL
QUITO
Llama adentro, a merced de cimas claras en tu vuelo,
Va mi sangre herida en busca de un ala de frescura.

¿Qué vigilancia me detuvo;
Acaso un golpe de llamada,
La sombra inerte de las armas,
La densidad de mi garganta?
Ya los bosques de la tierra se mecen apartados.
¡Oh baja frente!, sudores semejantes
Ni la fiebre de los ojos los desata,
Ni en mi talar de sangre la reverberación de las espinas.

De noche oscura en boca tuya,
¡Oh peso adentro, sin cabida!
¡Oh espacios y venturas tantas de tu cuerpo para siem-
pre en mis entrañas!
En el pecho y en la dicha, la pupila en los tendones:
Adorada, de tus piernas las sumas potestades.

Y la lengua recóndita en la vera:
de caída, de reparto y de saliva, en
el grito de la entrada, en el jugo
abierto de tus senos.

Me dejaste suspenso en ayes
De estas ansias, con los labios entornados.
¿Dónde habré de hallar contornos
Al propio peso mío de tu presa, de tu vuelo?
¿Perdido en la transparencia de mi retirada desnudez,
Ya en la ajena noche
Harta de vigilias, de espesuras, cuanto más sobreda de
banquetes?

Chorreando venas de lo alto, se refleja Venus en el
rostro mismo de tu sangre.

Este duro golpe

en las sienes que la mente agrava,
A despecho de los muros, ¿no lo escuchas?
De mi pupila dilatada?
¡Oh pesada lejanía de los montes!
¡Oh labios tiernos de la cita!
¿Verá el suelo de estas lágrimas la presión
De tu inmarcesible cuerpo sobre el mío?
A tus íntimos recintos llegará, en potencias suyas de la
selva, el Esposo trashumante,

¡Ay! atada al grito de tu ardiente cabellera,
De pronto te acrecientas,
te iluminas como el agua ingente de los mares,
¿Quién soy yo, de este mundo, entonces fuera de tu pecho?
Como el hambre, como el tiempo
Los peldaños me conducen de caída.

¡Tan henchida de reflejos, de miradas;
Como la luna, en holanes tan crecientes!
El alma atenta a mil sabores,
De inmanencia permaneces en el centro mío de todo
lo creado:

Vuelos de brisa te sostienen,
Adelante bien me guardas en celadas;
Tan cercana y no me tocas.
Y tu frente, de su altura, como el alba;
¡Oh premura devorante de tu boca, de tu sexo, de los
ayes, de lo eterno!

Me deshaces en sudores, años, mares y otros continentes;
Me arrancas y me devuelves a esta plaza.
Los senos tuyos, leche adentro, tan cargados de mis
labios, de mi prenda:
¡Oh Esposa mía, de soledad en soledad repercutes en
mi sangre!
Chorreando venas me confundo con la ingravida arcilla
de la noche.

¡Oh mente fiera, oh golpe de ángeles!
Las bestias gimen perseguidas;
El lobo airado, a medida de su empeño se desangra
bajo el cierzo de la luna.
Tal me implicas, Adorada, en la absoluta permanencia
de la Nada!



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



FLAGELAMIENTO

Oswaldo Guayasamín.